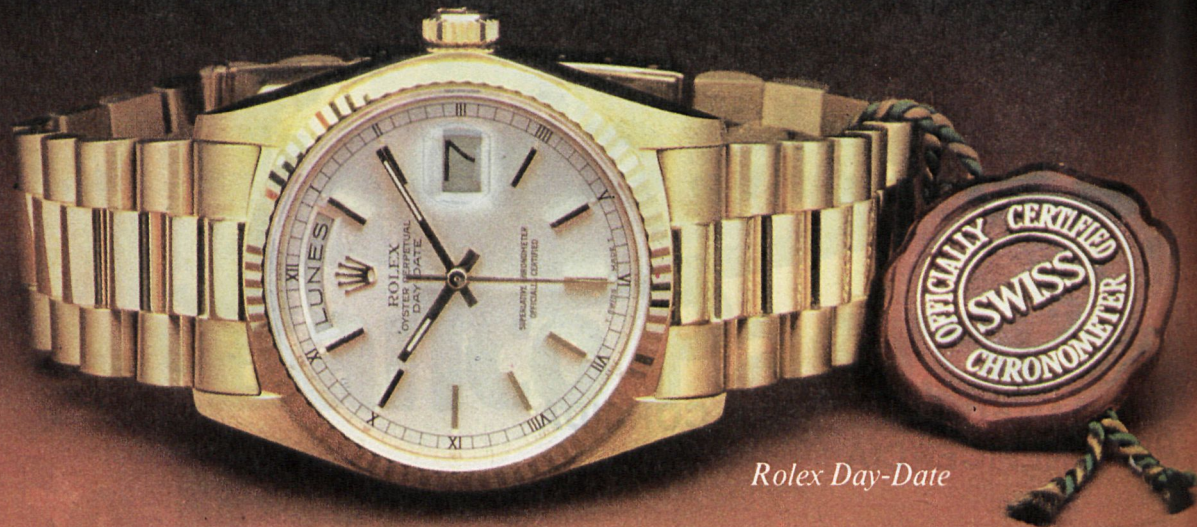


Rolex, sólida personalidad.



Rolex Day-Date

Oro de 18 quilates. Caja Oyster hermética hasta 50 metros de profundidad. Cronómetro oficialmente certificado. Corona Twinlock atornillada a la caja. Automático. Fecha y día de la semana con todas sus letras.

Este es el Rolex Day-Date. Un reloj de inconfundible personalidad elegido por los hombres que sólo pueden permitirse lo mejor.

Y es lógico. Rolex ha estado siempre en vanguardia del progreso de la moderna industria relojera. Decir Rolex es hablar de uno de los mejores relojes del mundo. Pero también es mencionar el fruto de una tradición relojera que data de varias generaciones.

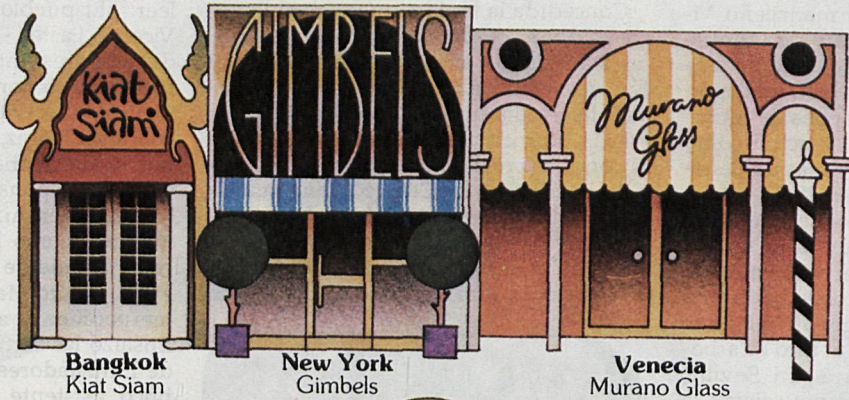
Solicite catálogo.



ROLEX

SOTOLARGO Joyeros - Av. José Antonio, 70 - MADRID - 13

Algunas de las 2.000.000 de puertas que abre la Tarjeta Visa del Banco de Bilbao.



Bangkok
Kiat Siam

New York
Gimbels

Venecia
Murano Glass



Moscú
Beriozka

Londres
Scotch House

Copenhague
Rosenthal



Viena
Graben Hotel

Ginebra
Les Ambassadeurs

© MMLB Banco de Bilbao 1988 A.B.E. 12.504/1

BANCO DE BILBAO

Lápida en recuerdo de Vicente Pastor

EL popularísimo torero madrileño Vicente Pastor, durante su vida torera, tomó parte en varias corridas de Beneficencia, organizadas por la Diputación Provincial de Madrid. Después de retirado del toreo activo en 1918, actuó como asesor en casi todas las corridas de Beneficencia hasta su muerte en 1966.

Torero valiente y sobrio, certero estoqueador y buen director de lidia, en sus comienzos fue llamado el «Chico de la Blusa». En Madrid se le concedió la primera oreja que se otorgó oficialmente por una faena memorable al toro «Carbonero», de Concha y Sierra. En Sevilla, Joselito cortó la primera oreja oficial; la segunda, Belmonte, y la tercera, irremisiblemente, tuvieron que otorgársela al torero de Madrid.

El 31 de enero de 1979, se cumplió el centenario del nacimiento de Vicente Pastor. Por este motivo, el periodista y crítico taurino, conferenciante y escritor, José Julio García Sánchez, informador municipal y provincial de Madrid en los Servicios Informativos de TVE, solicitó al Ayuntamiento de Madrid que se colocase una lápida en la calle Embajadores, número 7, donde vivió hasta su muerte Vicente Pastor, que perpetuará el recuerdo del más celebrado de todos los diestros nacidos en Madrid.

Concedida la lápida, que realizó la Escuela Municipal de Cerámica de Madrid, fue inaugurada el 31 de enero de 1980, con asistencia de una representación oficial del Ayuntamiento, escoltada por la Policía Municipal con uniforme de gala. El concejal-presidente de la Junta Municipal del distrito de Centro, Juan Francisco Pla, en representación del alcalde, profesor don Enrique Tierno Galván, que se encontraba recién operado de la vista, descubrió la lápida, en que se puede



leer: «El pueblo de Madrid a su torero, Vicente Pastor - 1879-1979». En el turno de oradores intervinieron, además del mencionado concejal que ofreció el homenaje, el escritor ramoniano y solanesco Rafael Flórez, como vecino y nieto del barrio de Embajadores y el Rastro; el concejal responsable de Cultura, Enrique Moral, quien hizo un canto a la fiesta de los toros como hecho cultural, y el concejal presidente del distrito de la Arganzuela, Benito Martín, cuyo padre fue contemporáneo y amigo de Vicente Pastor. Ensalzó las virtudes humanas del torero de Embajadores. Entre el numeroso público asistente al acto se encontraban concejales, diputados, familiares del torero madrileño homenajeado y toreros, como «Parrita», Angel Luis Bienvenida y Pablo González «Parrao». En representación de la Federación de Asociaciones Taurinas, el doctor Zumel y Matías Prats. Y lógicamente, el adalid del homenaje, José Julio García, quien por la tarde pronunció una documentada conferencia sobre «Vicente Pastor y su tiempo», en el Patio de Cristales de la Casa de la Villa. Este acto lo presentó Matías Prats, y el panegírico del conferenciante estuvo a cargo del concejal responsable de Cultura del Ayuntamiento de Madrid.

EL DUENDE DE EMBAJADORES

El último adiós

(Viene de la pág. 18)

vista, porque así queda más terreno para las vacas paridas. Pero yo sé que dentro de unos días, cuando los vea en los corrales de Oviedo, me mirarán con reproche preguntando por la fuente y los tesos. Y tendré que agachar la cabeza.

En el embarcadero estaban unos amigos alemanes que jamás habían visto estas cosas. Y cuando estaban juntos los novillos, antes de subir al camión, me han preguntado cuál de ellos había elegido para matarlo en el festival.

Hasta entonces no me había hecho la idea que el día 8 tendría que montar la espada para acabar con la vida de un animal que he visto crecer día a día, como algo de mis entrañas. Es como si

te mandaran matar el pájaro que tienes en la jaula del salón desgranando trinos como parte de la familia. Es la primera vez que voy a matar un novillo mío y me ha entrado una congoja que no puedo explicarla.

Estoy pensando que a lo mejor no soy capaz de salir a torear esa tarde. Ojalá tuviera la suerte que me tocara uno tan bravo como para que le perdonaran la vida. Sería hermoso volverlo a traer al fresno, al regato y la encina. Para que le contara a sus otros hermanos que estuvo una vez con los toreros en una plaza que es puerto y que es playa. Seguramente los primeros días se volvería loco buscando al «Presumido» y al «Revoltoso» y a los que no volverán jamás al regato y la encina, ni a tirarle cornadas vírgenes a los cardos que empuja el aire de abajo.

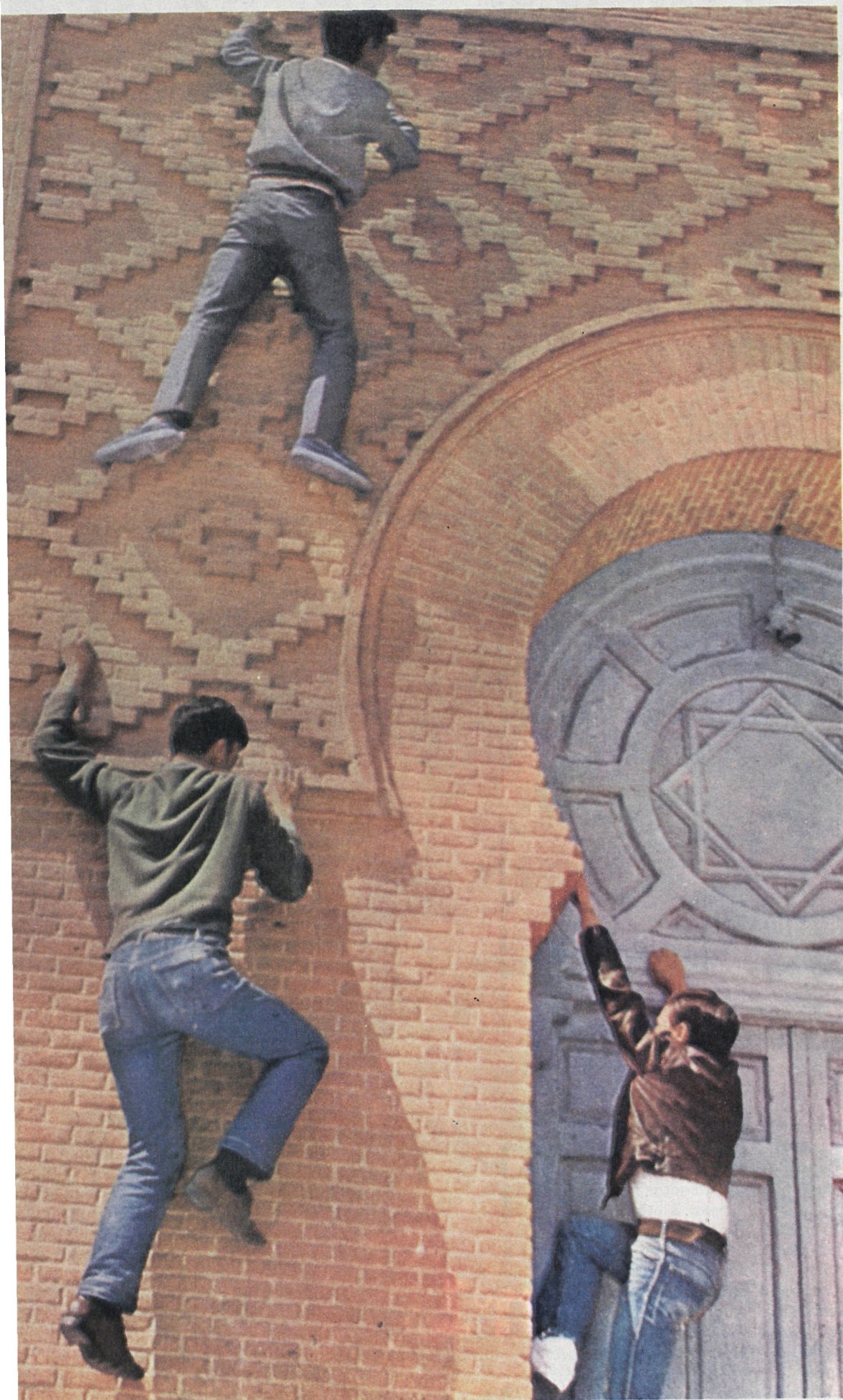
Ojalá supiera contar las cosas que siento esta noche. Pero me da mucha pena ser ganadero.

«Nota para curiosos»: El día del festival no me atreví a hacer sorteo. Que me dejaran el que no quisiera nadie. Y fue el número 4, hijo de la «Deliciosa», el que pensaba que iba a salir manso porque berreaba dentro del camión. Salió tan bueno que a media faena le di la muleta a Roberto Domínguez y a Julio Robles. Luego lo toreó Ruiz Miguel y, al final, todavía le dio unos pases Antonio de Jesús. Se me olvidó pedir el indulto. Pero, como suponía, a la hora de matar sentí mucha pena. Me puse tan nervioso que lo pinché dos veces y cuando entró una media delanterilla me fui a la barca de Pepín el de la Rizosa para no mirarle a los ojos.

El nº1 de los Farias



Farias nº1



Las naranjas en los toros

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

POR aquellos tiempos de alrededor de los sesenta días de corrida se abrían las de la plaza de toros madrileñas horas antes de empezar. Muchas tardes llegaba mi padre antes de que las puertas se abrieran a consumir las dos horas que quedaban para el comienzo del espectáculo. Yo comía cacahuets en la ventana del primer piso, en las gradas, que daba sobre el patio de los caballos y en compañía de mi padre, don Alfredo Sanz, uno de los más famosos tenores que cantaron las zarzuelas de Oudrid, de Gaztambide,

que pasábamos en la ventana presenciando la llegada del público y de los toreros y oyendo las amenas y enjundiosas disertaciones taurinas de don Alfredo, el cual extendía en la ventana un gran paquetón de cacahuets del que dábamos cuenta lentamente mientras charlábamos y contemplábamos la entrada de espectadores y servidores de la plaza por la puerta del patio de caballos, singularmente de los picadores que arribaban montados en sus jacos y a la grupa un monosabio.

Los automóviles aún eran muy jovencitos y circulaban en escaso número.

Las cuadrillas toreras utilizaban jardineras, adecuados vehículos para el transporte de la luminosidad, vistosos y riqueza de los vestidos de torear. La entrada a los toros era todo un espectáculo gratuito. Esto no se comprende en estos tiempos en los que hay que ir siempre a todos lados con el dinero por delante, ya que sin dinero no se concibe la diversión.

Como una hora antes de empezar la corrida se nos acercaba Tomás el Manchao. Su apodo lo justificaba aclarando: «Es que un servidor es muy manchadizo y en cuanto me

descuido mancha que me cae, salvo en una cosa, en la honra. Mi honra está limpia. Lo demás no me importa». Tomás el Manchao era el portero consorte de la casa de don Alfredo Sanz.

La misión de Tomás en la plaza de toros consistía en vender naranjas. Y lo que son las cosas, de ahí le vino su popularidad, su celebridad. Su celebridad, no rebajo nada. Veréis por qué. Tomás, como otros vendedores por tendidos y gradas, pululaba por el callejón, por entre barreras, pregonando su mercancía. «¡Naranjas de la misma Valencia, dulces como la miel y frescas como la horchata! ¿Quién quiere media docena? Y una voz gritaba: «¡Aquí en la andanada del 6!»». Tomás se colocaba frente a la andanada del 6. Apoyaba su espalda en la barrera, en las tablas. El peticionario se ponía en pie allá en lo alto, una altura de dos pisos, a respetable distancia. Tomás cogía una naranja. Apuntaba guiñando un ojo. La plaza entera abandonaba su vista del ruedo, de lo que ocurría en la lidia del toro. No interesaba. Lo apasionante estaba en la naranja de Tomás. ¿Llegaría o no a poder del comprador? Llegaba casi siempre y si no llegaba la culpa no se achacaba a Tomás, sino al manazas del comprador, que no tenía la habilidad de



qué. Don Alfredo era gran aficionado a toros, frascuelista acérrimo, tilagartista furioso y que entonces era partidario entusiasta de Vicente Pastor, pastorismo que me culcó a mis pocos años y me se lo agradecí porque el grupo de los madriles me hizo pasar momentos inolvidables que ahora en la vejez recuerdo con placer, con toda alegría.

Así mismo añoro con nostalgia los placenteros momentos de los alegres minutos de las



cogerla. En este caso, general rechifla acogía su frustración. En cambio, cuando la operación tenía lugar satisfactoriamente, una ovación cerrada y vibrante premiaba la destreza de Tomás el Manchao. «¡Ole los tíos tirando naranjas! ¡Vaya temple y finura!» Para dar idea de la popularidad y celebridad del vendedor de naranjas, diré que había corridas en las que tiraba lo menos 40 ó 50 naranjas.

Como es natural, le salieron imitadores. Ni uno solo le hizo sombra.



Ni por casualidad acertaba uno. Tomás se quejaba: «¡Ay que fastidiarse, que no he servido en mi vida para maldito de Dios la cosa y esto de las naranjas que es difícil de suyo se me da como agua. ¿Y total para qué? Pues unas pocas pesetas de nada al cabo de la temporada. Me dicen que soy popular, pero con la popularidad no se come».

Las naranjas en los toros se comían en grandes cantidades y en verdad que venían muy bien como refresco y ayuda para soportar la corrida, porque, hay que desengañarse, la fiesta de los toros con toda su brillantez y policromía es monótona de suyo. Y el comerse una naranja aliviaba el tedio del desarrollo de la lidia y, sobre todo, antes y después de comérsela confortaba el espectáculo a cargo de Tomás el Manchao. Hasta tal punto que se decía por el pequeño Madrid de aquellos días:

—¿Vas a ir a los toros el domingo?

—Pues claro, la duda ofende. Allí estaré como un clavo.

—¿Quién torea?

—¡Ah, eso me tiene sin cuidado!

—¿Es que eres torista? ¿Te gusta más el toro que el torero?

—A mí lo que me gusta de verdad son las naranjas.

—¿Las naranjas en los toros? Tú estás «mochales perdido».

—Nada de eso. ¿Tú no has visto a un naranjero que coge una y la tira a lo alto de una andanada desde el callejón sin marrar la puntería fija en las manos del comprador? Pues ese es el momento más interesante de toda la Fiesta. ¡Vaya un arte el del tío! Yo siempre le pido un par de ellas o tres; cuando me llega el disparo de la naranja a mis manos y estalla en toda la plaza una ovación, me creo yo también un artista y saludo a la multitud con la naranja en alto muy ufano, porque no te figures que es fácil ni mucho menos recibir la naranja. Y me lo puedes creer;



cuando me la como me sabe de otra manera.

El último domingo fallé dos naranjas seguidas y me gané una bronca comparable a las buenas de Rafael el Gallo. Pero ya te digo que los fallos me suceden muy pocas veces, porque todo hay que decirlo. Tengo mi truco.

El pasillo de mi casa es bastante largo. En un extremo de él coloco a mi chico el mayor, que tiene ya catorce años y me tiran un par de naranjas o más las mañanas de los domingos y luego por la tarde en la plaza oigo más ovaciones que Josecito y Belmonte juntos y lo paso divinamente.

¿Qué pasaría si ahora apareciera en una corrida un artista como Tomás el Manchao? Estoy seguro de que se haría el amo, como se hizo antaño el que fue mi amigo. Brindo la idea desinteresadamente a la empresa, que podría añadir un aviso en los programas y anuncios redactado de manera aproximada a esta que me atrevo a sugerir.

Se servirán naranjas desde el callejón a toda la plaza, incluidos los tablancillos de las andanadas, por el popular vendedor fulano de tal, que donde pone el ojo pone la naranja. ■

nostalgia los placeres los alegres Fotos: Botán